

por Ben Keren

Antes de contemplar la puesta del sol desde el balcón del hotel Renaissance de Jerusalén. El cielo palidece sobre las colinas blancas de café, una maravillosa llegada desde la Ciudad Vieja; de pronto se oscurece la luz, y el incipiente crepúsculo parecía un melancólico alto el fuego. Recordé las palabras de Camus en *El extranjero*. Esa misma mañana, sin embargo, había estallado un autobús que iba de Jafa a Jerusalén, la fuerza de la detonación hizo saltar el vehículo, y pedruzcos de cuerpos humanos destruidos volaron por el aire.

Ni siquiera intento poner orden en mis pensamientos dispersos. He venido con mi esposa para asistir a un congreso, y jamás habría acudido si no me hubieran invitado precisamente a Jerusalén. No me gustan los congresos inútiles, en particular aquellos que llevan títulos tales como: «El legado de los supervivientes del Holocausto: implicaciones morales y éticas para la humanidad». La fecha, 9 de abril, figuraba desde hacía meses en mi libreta de apuntes, y aunque flujó tornarse en serio los insistentes consejos de mis amigos de Berlín y Budapest —la mayoría trata de disuadirme del viaje—, me mantengo en todo momento bajo el hechizo del proyecto inicial: desde Berlín volamos a Budapest, doy mi voto probablemente inútil en las elecciones, y al cabo de dos días partimos hacia Jerusalén. La única pregunta que puede

plantarse es si ir solo o no. Pero mi esposa no quiere saber nada de la primera posibilidad. Juntos o nada. Después de separarlo un poco nos damos cuenta de que hemos de ir, por la sencilla razón de que, de lo contrario, tendríamos que vivir siempre con la idea de que nos llamaron, pero no fuimos.

Estoy, pues, en este balcón de un séptimo piso, y me resulta tan difícil jugar aquí lo que de verdad ocurre como difícil me resultaba en Berlín o Budapest. En este momento no pienso tanto en la situación de aquí como en la reacción europea. Tengo la impresión de que el antisemitismo, que durante muchos años ha sido mantenido a raya, emerge del pantano del subconsciente, como si fuese una erupción de lava con olor a azufre. Tanto en Jerusalén como en Berlín, veo en la pantalla del televisor las manifestaciones contra la ira. Veo sinagogas incendiadas y cementerios judíos profanados en Francia. A pocos cientos de metros de mi vivienda bohemía, cerca del Tiergarten, dos jóvenes judíos norteamericanos fueron agredidos y apaleados en plena calle. Y el escritor portugués Saramago en la televi-

Jerusalén,

sión: inclinado sobre una hoja de papel comparaba con Auschwitz el proceder de Israel contra los palestinos, demostrando que el escritor no es consciente de la escandalosa irracionalidad del punitivismo que utiliza su de que el concepto conocido por el nombre de Auschwitz, que hasta el día de hoy tenía un significado bien definido en el consenso cultural europeo, en la actualidad puede utilizarse, sin más ni más, de manera populista y para fines igualmente populistas. Me pregunto si no es preciso distinguir el sentimiento hostil a Israel y el antisemitismo. ¿Pero es posible? ¿Cómo se puede entender que dos continentes más allá, en Argentina —donde, dicho sea de paso, bastantes problemas tiene ya la gente—, se produzcan manifestaciones contra Israel? Probablemente, pienso, porque la hostilidad a los judíos, que ya dura 2.000 años, se ha cristalizado y convertido en una forma de concebir el mundo. El objeto del odio es un pueblo que, pienso yo, de ningún modo está dispuesto a despojarse de la faz de la tierra. Intento pensar de forma clara y sencilla, y empujar dentro de mí lo que pienso, con claridad, con sinceridad, aportando todo tabú. El hecho de que personas jóvenes se reventen con gran placer haciendo estallar una bomba (dicho sea de paso, he leído en un diario que Sadam Hussein paga veinticinco mil dólares a sus familiares de muestra que no sólo se trata de crear o no un Estado palestino. Estos suicidas se manifiestan como perdedores de la existencia. Su acto revela un tipo de inseguridad que no puede explicarse tan sólo por impulsos nacionalistas. Bajo la suave luz de Jerusalén, en los noches doradas, entre estas colinas pintorescas salpicadas de olivos, comprendo en un anterior viaje a esta ciudad, más con los sentidos que con el intelecto, por qué los dioses habían nacido precisamente aquí. Ahora debería comprender por qué se los asesina aquí, con la posición ostentosa del sangriento sacrificio humano. Confieso que no entiendo nada, y me cuesta creer que cinco mil años una cuestión meramente política. Puede ocurrir también que la política procure evitar que yo lo vea como una cuestión meramente política y que sea víctima de una manipulación; sin embargo, cuando millones de personas son víctimas de la manipulación, el carácter de ésta se transforma, se interioriza... Hay quienes de pronto piensan seriamente que nuestra locura no es una sugestión dictada por fuerzas externas, sino que emerge desde nuestra propia alma, es una necesidad de nuestra alma; y así empieza el mal irremediable.

Lo confieso con toda sinceridad: cuando vi en la televisión los tanques israelíes que se dirigen a Ramatla, una idea me atravesó el alma de forma involuntaria e ineluctable: Dios mío, qué bien que pueda ver la cuestión judía sobre los tanques israelíes y no cómo sobre mi ropa como en 1944. O sea, que no soy imparcial ni puedo serlo.



Nunca he desempeñado el papel del árbitro imparcial: se lo dejó a los intelectuales europeos —y no europeos— que juegan a este juego de manos tan exótico como a menudo dudoso. Después de tanta solidaridad verdadera y fingida se ha vuelto la página: los mandamientos han dirigido la mirada severa hacia Israel. Un determinado existencialismo se ha vuelto más real: sin embargo, nunca han comprado un billete para el autobús que hace el trayecto entre Haifa y Jerusalén.

Aquí en Israel todos llevan, metafóricamente, este billete en el bolsillo. Y eso va pasando poco a poco la creencia de la gente. El frío juicio de los mandamientos europeos aquí se vive en forma de pequeñas existenciales coexistencias. Una amiga expresó de la manera quizá más concisa este desequilibrio. En el Yad Vashem, es ese enorme cementerio de los víctimas del Holocausto, nos dijo: «Primero vamos con la familia a una manifestación contra la guerra y luego nos equipamos como soldados».

No he encontrado —al menos en este congreso— a ningún intelectual israelí que pusiera en duda la necesidad de un Estado palestino. Hay que acabar con los asentamientos —dice uno de los historiadores que dirige el Yad Vashem—, lo cual desembocará en una pequeña guerra civil que, sin embargo, nosotros que libramos. El antisemitismo, la ausencia de solidaridad, provocan un dolor casi físico. Es imposible soportar el terror sin hacer nada, es imposible enfrentarse sin tener al terror. Un dilema atroz, unas preguntas atormentadoras, con las que, no obstante, hay que luchar solo. Nos encierran en un punto muerto, dice mi amigo Appelfeldt, el escritor. Veo miedo, desconcierto y arrebato en los mirados que me miran. Exactamente como lo describe David Grossman en su dramático artículo publicado en el Frankfurter Allgemeine: El Estado de Israel se parece en la actualidad a un país, pero al mismo tiempo a una mano que cae flácida por la desesperación. La ciudad está muerta, los turistas mudan los hoteles como buitres hambrientos, y cuando alguien sale por la puerta, se abalanza sobre la víctima... Generalmente en vano, pues la mayoría ha acudido por algún asunto oficial, y a éstos los esperan en vehículos oficiales. Desayunamos en el comedor silencioso del hotel; han desaparecido los turistas y los señores esmerados que leen el periódico mientras beben café, los infatigables hombres de negocios.

Casi he olvidado que he venido a un congreso, donde debo leer el texto que preparé: «Cuando digo que soy un escritor judío, no estoy diciendo que yo sea judío» —lo—. «Pues qué judío es aquel que no recibió una educación religiosa, que no habla hebreo, que apenas conoce, en el fondo, las fuentes de la cultura judía y que no vive en Israel, sino en Europa? Algunos para quien Auschwitz es la identidad judía principal y quizá única no puede calificarse de judío en cuanto ser humano. Es el 'judío no judío' del que habla Isaac Deutscher, la variante europea desarraigada que apenas puede establecer una relación íntima con la condición de judío que le ha sido impuesta».

Imre Kertész, judío-húngaro, Premio Nobel de Literatura. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Imre Kertész, judío-húngaro, Premio Nobel de Literatura. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile